

Palabras para Andrés

Willy Semler

Actor



El desquite de Roberto Parra. Dirección: Andrés Pérez, 1995. En la foto: Willy Semler (Don Pablo) y Carola Gimeno (Anita).

La María de la Luz me pide que escriba sobre mi experiencia teatral con Andrés. Me doy vueltas y le digo que bueno, pero es raro y ajeno. Falta un tiempo muy largo para que yo termine de aceptar que Andrés se fue para siempre y que no vamos a trabajar juntos de nuevo, con todo lo que eso implicaba, desde una inmensa alegría e inspiración, a no pocas discusiones que hoy, por cierto, considero que estuvieron de más.

A nadie le cabe duda que Andrés fue un maestro de teatro. Sabía, o intuía, o por último inventaba en el momento, la forma de llegar a la esencia del teatro. Y le resultaba. Pero por sobre todo, hacía de esa ex-



Programa de **La Negra Ester** de los festivales internacionales Zurcher Theaters Pektaker Internationales y Festival Freier Theatergruppen, 1989. En la foto: Willy Semler y Mabel Guzmán.

periencia algo colectivo, en el que todos los que participaban: actores, técnicos, diseñadores, realizadores y colaboradores varios, que nunca fueron pocos, se sentían orgánicamente partícipes, imprescindibles, y por lo general, alegres de estar donde estaban.

Bajo la mano de Andrés, uno sentía que las cosas que se hacían eran importantes y el teatro adquiría esa

Andrés, a la una, a las dos a las tres

Catalina Rojas

Cantante y compositora

Creo que la primera vez que vi a Andrés Pérez fue (según una amiga) en una pensión universitaria en Santiago en los años 70 y algo, ya que estoy con él en una foto de esos años, que ya no recuerdo.

La segunda vez, fue en la calle Tenderini con Alameda, donde había un griterío de padre y señor mío. Era el teatro callejero.

La tercera, fue en el cerro Santa Lucía en enero del 89, cuando **La Negra Ester** ya era un éxito.

Esa noche del cerro fueron pocas



Portada del libro "Roberto Parra" de la serie "Artistas Chilenos: biografías de nuestra identidad cultural". 1996. Roberto Parra Sandoval es autor de **Las décimas de la Negra Ester**.

qualidad sagrada y política que lo hace sobrevivir por miles de años, como un espejo imprescindible de lo humano. Porque yo creo que puede haber un teatro choro, donde se prueban cosas novedosas, o un teatro divertido, donde el público pasa un buen rato y olvida su angustiante vida cotidiana, e incluso un teatro artístico, donde cada artista demuestra su talento y se regocija en un aplauso merecido; también, un teatro comercial, donde circulan no pocas divisas, y todo eso está bien, ni lo juzgo ni me importa.

Pero hay un teatro que es imprescindible, que a veces es más real que la vida, un teatro que, si sabemos verlo con delicadeza y sensibilidad, nos enseña cómo es la vida, o cómo mejorarla o, incluso, cómo vivirla. No tengo dudas de que ahí estaba Andrés. Los problemas eran otros: qué sé yo,.... qué era lo políticamente correcto, lo que dijimos de más o lo que no dijimos, o la metida de patas en el peor momento, da lo mismo, somos humanos y vulnerables. Pero el hom-

bre buscaba el arte de verdad y lo encontraba a menudo.

A veces Andrés estaba ofuscado, confundido o rabioso, y como era el líder, todo se teñía de su tinta. Pero nunca olvidaré cuando estaba alegre, despejado y sobre todo, inspirado. Ahí fue cuando aprendí para siempre lo que es el trance de la inspiración, porque también todos éramos partícipes de ese premio.

Entonces hacíamos teatro de ese, del imprescindible.

Quiero creer que ese espíritu se queda con nosotros. Que, a pesar de la ausencia, se puede repetir. Que, como entendí en esos días, el arte no es propiedad de nadie sino de todos y que siempre está ahí, esperando que

cualquiera que se lo merezca lo toque otra vez.

Andrés está lo más lejos que puede estar alguien de nosotros, como mi mamá, o Rodolfo Bravo o el Checho Urrutia y tantos otros que este nuevo milenio nos ha cobrado. Pero esas vivencias, los recuerdos, las experiencias y esas posibilidades se quedaron. Y se quedarán siempre, porque son de este mundo. Pertenecen a nosotros, los humanos. Sólo hay que cerrar los ojos, respirar tranquilos y con paciencia, como quien reza, estirar la mano, para volver a tocarlas.

Creo que, cuando eso ocurra, por un breve momento infinito, nos vamos a encontrar todos de nuevo, como si la muerte no existiera. ●

Saludo a todos Los actores de
negra ester estoy convencido que son
Los unicos que pueden aser bivar
ala negra ester despues de veinte Años
de de su muerte yo confio en
amores y todo el grupo en sus ma
no beso todo gracias

Roberto Parra

Manuscrito original de Roberto Parra, saludando a los actores del Gran Circo Teatro, el día del estreno de **La Negra Ester**, 9 de diciembre de 1988.

palabras. Lo saludé y me dijo que me ubicaba perfectamente, cuando yo cantaba en los años de dictadura. Estaba yo en Talca cuando montaron **La Negra...**, y mi hija Leonora se vino con Roberto a Santiago. **La Negra Ester** revolucionó también mi casa, por eso viajé desde Talca a ver la obra, abandoné mi trabajo y partí con María Catalina.

Después, han sido incontables las veces que nos tocó compartir.

-Cuando Roberto estuvo enfermo y estaban terminando de montar **El desquite**, apareció varias veces por mi casa en La Florida.

-Me recuerdo de un domingo del verano del 95. Llegó como a las cinco de la tarde, nunca pensé que a esa hora no hubiera almorzado. Le ofrecí ensaladas y dos chuletas de cerdo que comió con gran apetito.

-Y así tantas veces: cuando montaron **La Negra Ester** para reunir dinero por la enfermedad de Roberto, cuando viajamos a Cuba, creo que en

el 99, invitados por la Casa de las Américas. Fue un viaje inolvidable. Cuando comenzó a aterrizar el avión, todo el grupo de actores, y me incluyo, nos emocionamos tanto que comenzamos a cantar.

Tantas cosas. Después de la obra, compartiendo en la noche la música en los restaurantes que nos asignaban para comer. Ese viaje fue real-

mente maravilloso. El último viaje fue a Córdoba, Argentina, también con la obra. La última vez que lo vi fue en septiembre del 2001, en el Teatro Providencia, con el rito que tienen los actores de juntar energías para la obra. Estuve con ellos tomados de las manos.

Andrés me avisó que en noviembre iría la obra para Antofagasta (era un compromiso entre nosotros de avisarme anticipadamente dónde estaría la obra, para no enterarme por la prensa).

De por qué estoy escribiendo de Andrés, de Roberto Parra y de *La Negra Ester*. Porque el año 70, cuando recién conocí a Roberto, su tema favorito era la historia de *La Negra*

Ester. En un viaje que hicieron Nicanor y Roberto al puerto de San Antonio, fueron a verla y se enteraron de que ya no estaba. Llegaron los dos muy tristes, y de ahí Don Nica le sugirió que escribiera la historia. Creo que eso fue el año 71. Yo le compré un cuaderno. Primero fueron veinte décimas. En cada viaje que hacíamos a La Reina, fue creciendo en personajes. Y así fue como se fue convirtiendo en una creación literaria.

El cuaderno original todavía lo conservo, donde escribió su primera versión. Después *lo pasó en limpio* varias veces. Luego vino el montaje de la obra y todo lo demás ya es conocido por el público.

Estando Andrés en el hospital, le

mandé mis saludos con Rosita, ella me comentó que le gustaría que yo lo visitara. No fue posible y el día de su muerte estuve toda la noche en vela, sin saber que se había agravado, tal vez no quise relacionar. Como a las 6:20 recibí el llamado de Rosita comunicándome la noticia de su muerte.

Me levanté y tan temprano no sabía para dónde ir ni qué pensar: me paseaba en mi casa como una sonámbula. Pero sentí tanto su muerte, además de ser el gran director que fue, como algo tan cercano, tan familiar, tan íntimo, como uno de los míos.

Sin duda, éramos de la familia de la *Negra Ester*. ●

Nuestro hermano en la Danza

Patricio Bunster

Coreógrafo

Director de Licenciatura en Danza

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

La despedida de Andrés en el Teatro Providencia tuvo un ambiente de fiesta, fue alegre; seguramente como Andrés lo hubiera deseado. Confieso que no pude contagiarme con esa atmósfera festiva.

Me pesaba, y me sigue pesando, una sensación de pérdida irreparable e injusta. No sólo pena, ira.

Siempre pensé que Andrés Pérez, junto a Pedro de la Barra, son los personajes más fundamentales de la historia del Teatro Nacional. Bestias de teatro, sí, pero también de la gestión; una gestión no para sí mismos sino

en beneficio del desarrollo de nuestra vida y resonancia teatral: impulsores de movimientos teatrales.

Andrés vitalizó nuestro teatro, inyectándole el espíritu y los recursos expresivos del gran teatro popular.

He vuelto a pensar en ese muchacho, nuestro alumno en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, en quien vimos un talento excepcional en el movimiento y que adoptara nuestro consejo de que estudiara también Danza. Tal vez parte de la vitalidad de su teatro corresponde a su condición de coreógrafo.

Por ello, lo despidió no sólo como amigo admirado sino como hermano de la Danza. ●



Andrés Pérez durante su estadía en Francia. 1985-1987 aproximadamente.